

## El Corpus de Maximino

Juan y Maximino, dos morenos granujas de seis y cuatro años respectivamente, jugaban con sus canicas de barro en la desierta callejuela, frente á la puerta ahumada de la miserable casuca donde la pobre tortillera Nemesia, la viuda de Don *Chente* el viejo remendón que había muerto tres años antes de congestión alcohólica, terminaba su ruda faena junto al fogón que chisporroteaba llenando el cuartucho de humo espeso y asfixiante.

La flacucha y amarillenta mujer, que por lo amarillenta y flacucha semejaba un cadáver, inclinada dolorosamente sobre el grosero *metate*, molía, molía sin cesar y lloraba, no porque la densa humareda desprendida de los leños verdes y resinosos que se retorcían gimiendo bajo el *comal* le arrancara lágrimas, sino porque desde la ignominiosa muerte de su hombre veíase condenada á trabajar como una bestia en aquella cruel labor que le abrumaba sus débiles pulmones. Pero había que alimentar á sus hijos y la infeliz sacrificaba su vida por ellos como toda buena madre. La miseria no admite protestas. Un día perdido significa un aumento de privaciones. Nemesia debía pues resignarse á su amarga existencia de esclava ó á dejar que Juan y Maximino se muriesen de hambre. ¡Ah! si ya fueran grandes y pudieran ayudarla en el sostenimiento mú-



tuo, acaso vivirían un poco mejor. Ella los aconsejaría para que no fueran á darse á la bebida como su malvado padre y haría de los dos aviesos un par de obreros honrados, útiles, trabajadores, instruidos, que le endulzarían los monótonos días de su vejez. Sintióse ya cansada y enferma después de cruentos años de trabajos, desvelos y sufrimientos, comprendía que muy pronto iba á carecer de fuerzas suficientes para proseguir la heroica lucha.

Ahora,—pensaba,—con aquellas malditas máquinas de Judas que los ricachones habían instalado para sumir en la desgracia á tantas familias, la competencia era imposible, disminuían los entregos, escaseaba el trabajo y todas las familias le daban con la puerta en la nariz prefiriendo consumir las tortillas de la fábrica; y todo por perjudicar á los pobres, porque unos cuantos ambiciosos se enriquecieran. Qué, no eran todos hermanos para ayudarse desinteresadamente? En mala hora los *yankees* habían inventado sus maquinotas de donde sañan las tortillas apestosas al puro aceite, sucias, que no se podían comer. ¡Como si sus dichosos inventos beneficiaran á los obreros! Si realmente querían hacer un bien, ¿por qué no repartían algo de los millones que ganaban con sus inventos del diablo, entre la gente necesitada? Todo era puro egoísmo, y ella y sus compañeras debían aceptar su forzoso papel de víctimas, siempre de víctimas martirizadas, olvidadas y vejadas por los avaros burgueses. En esto no pensaban los que arrebatában el sustento á los desgraciados, y si lo pensaban, poco les importaban las penas de millares de indigentes con tal que sus arcas estuvieran bien repletas de oro y billetes. ¿Cómo no había de llorar y de poderle aquello si desde que amanecía Dios ya estaba ella preparando el *nejayote*, triturando, amasando el maíz, aquellos dos almudes diarios, para ganar únicamente dos reales y medio? ¿Cómo con tan mezquino salario no habían de sentir hambre ella

y sus hijos? Además, los propietarios de fincas, otros buenos esquiladores del prójimo, habían aumentado la renta poniéndola por las nubes. ¡Virgen santísima! aquello no era justo: ¿de dónde se sacaba dinero para tanto? . . . Bien se veía el afán de dañarlos; todos los ricos y hasta los gobernantes eran unos desalmados que sólo veían su propio bienestar y que no tenían temor á Dios. Ciertamente que Juan el mayorcito hacía mandados, barría patios, daba *bola* á los zapatos de los *amos*, y las buenas personas le socorrían ya con el *medio*, ya con la *cuartilla*; pero la criatura era muy antojadiza y todo se lo tragaba de golosinas sin convidarle siquiera un bocado al más *chipilínque*. Después de todo, el barrigudo tenía razón: era mucha, mucha la necesidad que tenían.....

En verdad, Miguel, el revoltoso y harapiento estudiante de leyes que vivía al lado, le había acibarado la vida. Antes, Nemesia era una analfabeta, pero ahora con los frecuentes sermones que á diario espetaba el socialista Miguel por todo el arrabal, ella vivía en un mundo nuevo, sintiendo que algo muy amargo se le subía al cerebro, y á pesar de su ignorancia, comprendía que mucho de lo que afirmaba el alegre y entusiasta leguleyo, era cierto. Sus vibrantes palabras se le habían grabado profundamente. ¡Sí! El día de los pobres llegaría, el día bendito que éstos se instruyeran lo suficiente para comprender, proclamar y defender sus derechos. Por eso enviaba á sus *machachos* á la escuela, para que no salieran unos burros..... ¡Sí! El día de los pobres llegaría. Todos eran iguales, ricos y pobres, todos eran hermanos. Don Miguelito se lo había repetido muchas veces:

—‘Nemesia, —la decía,— todos hemos de ser *verdaderamente* libres y gozar como los potentados. Paciencia, paciencia. Instrúyanse ustedes, manden á sus hijos á las escuelas laicas, despachen al demonio á los frailes que las



están embruteciendo y entonces todo el pueblo será fuerte y libre, libre!”

Y ella quería al estudiante con ese amor esclavo que sienten los desheredados por los hombres superiores. Pensaba: “Sí, sí! algún día seremos nosotros los vencedores. Don Miguelito me lo dijo muy emocionado cuando por seis tortillas me dió ese retrato de Don Forke..... de Don Jorki..... ¡sabe cómo se llama! Un señor muy leído que dizque ha predicado lo mismo que Don Miguelito allá en su tierra, Prusia.....”

Así pensando, la deventurada mujer enjugóse el llanto con su manga desgarrada, cubrió la caliente mercancía con una sucia servilleta, cargó el canasto y persignándose frente á un empolvado cromo de Nuestro Señor del Encino, salió como de costumbre.

Era el día de Corpus-Cristi. Repicaban alegremente las campanas, resplandecía el sol en un cielo profundamente azul, y pasaban los criados de las casas ricas, llevando sobre sus cabezas los canastos atestados de sabrasas y bien olientes frutas.

—¡Eita Juan!..... ¡tú Masimino!.... Cuiden la casa mientras vengo, no sea que nos vayan á *jurtar* los triques.....

Se fué de prisa, arrastrando su cuerpo endeble y encorvado, pisando los gujarros con sus desnudos piés agrietados y abotagados, mirando de reojo y con tristeza aquellos magníficos frutos que ella no podía comprar.

—¡Adiós! *siñá* Nemesia! ¿A dónde va tan de carrera?— exclamó Cruz, la criadita del cura.

—Al entrego, *mi alma*. Ya sabe que nosotras somos esclavas del trabajo.

—*Rete* caro el maíz, no?

—Sí, chula, carísimo; y esas máquinas de mis pecados que cómo nos están haciendo *malobra*. Pero ya llegará el

día de los pobres, ya llegará.... ¿No ha visto á Don Miguelito?

—No, ni se ha parado por aquí, Ya sabe que el *siñor* cura no lo puede ver ni *pintao*, dice que es un hereje.

—Chochees del padrecito, si á los padres oírles su misa, y dejarlos.

—¡Ah que *usté!*

—Enfin, ya nos veremos, eh?

—Bueno, bueno, que Dios Nuestro Señor la ayude y la acompañe.

Cuando los chiquillos la vieron alejarse hacia el centro de la ciudad, sintieron también deseos de ir allá, á vagar por los mercados donde encontrarían tantas cortezas tiradas.....

—Oye, *Mino*, ¿vamos á comer cáscaras?

—No, Juan,—contestó el niño asustado. Nos pega mi *máma*.

—¡Anda no seas *joto!* Ya verás que *güenas* están.

Y sin reflexionarlo más, con la inocencia propia de su corta edad, recogieron las canicas, entornaron la puerta desvencijada de la casuca, y cogidos de la mano se fueron brincando g zosos allá lejos, donde abundaban las barracas, hormigueaban los compradores y voceaban hasta desgañitarse los fruteros. Como inmensas alas blancas brillaban al sol las velas de los puestos ambulantes bajo las cuales circulaba la multitud alegre y bulliciosa, entre la atmósfera impregnada con el olor de las fritangas, de las frescas legumbres y de los melones maduros que hacinados por doquiera semejabán estriados y enormes huevos de oro.

Maximino caminaba atontado, pisoteado por los atondrados mozos, aturdido por tanto vocerío. No recordaba haber visto tanta gente reunida, y aquellos montones



de codiciadas frutas multicolores le parecían las encantadas que viera Aladino en el jardín maravilloso.

Era la primera vez que lo llevaban al centro y temerose colgábase de los calzones de Juan que más listo, recogía aquí y allá las terrosas cortezas de sandía, las ciruelas verdes, los mangos negruzcos y podridos que cubrían el suelo; sin darse punto de reposo, mordía, embaulaba y arrebañaba que era un contento.

—Convídame, Juan, no seas malo, —gritaba el pequeño corriendo tras de su hermano que se escurría como ágil anguila entre la abigarrada muchedumbre. Y éste le arrojaba desperdicios que el niño devoraba con fruición. ¡Qué hartazgo de ciruelas, zapotes, chavacanos y mangos verdes se había dado! Estaba contentísimo y mientras batía palmas pensaba: “¡Ujule! Adrián no sabe lo que es *canela!*...”

Adrián era su amigo: un chiquillo flacucho y cojo que tenía un mechón blanco en el pelo. Hijo de Prisciliano el cohetero, le robaba á éste toda clase de *saltapericos*, *petardos*, *palomas* y *chicharras* que después le cambiaba á Maximino por *patoles* ó le daba en pago de dos *cargadas*, desde la cohetería hasta la esquina y vuelta.

El feliz paseante prometíase contarle todo lo que había visto á Adrián. Pero á poco se fué poniendo triste, se sintió incómodo del estómago, comenzó á quejarse y un agudo cólico lo hizo prorrumpir en ayes lastimeros. No soportando aquel calambre, de pié, sentóse en el quicio de una puerta apretándose el vientre, chillando como un marraño pequeño.

—Juanito, Juan... vámonos.

Y éste al verlo tan pálido, con aquellos gestos que los retortijones le producían, tuvo miedo.

—Ya lo ves. Te lo dije. Vámonos.

—No, no, no puedo pararme.....¡jay! ¡jay!.....

Estaba pálido, verdoso, y un abundante sudor frío le

hacía temblar. Entonces Juan le untó saliva en el hinchado vientre y cargándolo después sobre sus débiles espaldas echó á andar trabajosamente, aturdido por los gritos que vibraban en sus tímpanos.

—No seas bruto, hombre. Cállate. Ya te curaré.

Cuando llegaron á su casa, el pobre niño estaba peor; sus grandes ojos negros se contraían espantosamente entre las manchas violáceas que los circundaban y se dejó caer exhausto en la asquerosa estera que les servía de lecho, revolcándose á las veces con desesperación.

—¡Ay!... ¡jay!.....me muero.....

¿Qué hacer? La desgraciada criatura se moría efectivamente. Lágrimas abundantes empapaban su camisita rota. Pero Juan concibió un atrevido proyecto para salvarlo.

El había visto en el hospital, una vez que fuera á llevarle cigarros á su padre herido en una riña de taberna, que los médicos abrían el vientre de una muchacha (intoxicada con cianuro de potasio,) cuyos ojos estaban tan feos y saltados como los de su hermano y que como éste, mostraba la faz verdosa, la lengua salida y se quejaba angustiosamente. Era indudable que también ella había comido muchas cáscaras y pepitas de chavacanos, porque se acordaba el cándido muchacho que la sala de operaciones olía á almendras amargas.

¿Porqué no había de intentar él esta operación tan sencilla para curar á su hermanito mientras regresaba su madre?

Candorosamente, con la firme convicción de salvarlo, cogió de un baúl viejo la filosa cuchilla que en otros tiempos usara Don *Chente* para cortar cuero y que ahora servía para raspar las *gordas* quemadas, y dijo victorioso:

—A ver, *Mino*, ya no llores; te voy za yá abrir la pan



ya verás cómo te alivias. Yo soy *dotor*. Te lavo después el estómago, te coso la herida y listo!

Pero Maximino se resistía.

—Y si me matas?

—No, hombre, si de eso no se muere la gente. Aquella muchachona que yo *vide* se alivió.

Le explicaba lo que había visto en el hospital, trataba de convencerlo, y Maximino moribundo, ansiando que lo curaran de aquel terrible dolor, balbució por fin levantándose él mismo la harapienta camisita:

—Sí, sí..... ¡ay! *hermanito!* ¡ay! Aquí..... *mila*..... aquí....

Le señalaba el epigastrio con su dedo tembloroso, y el improvisado cirujano, satisfecho de su buena acción, no esperó más: de un tajo magistral le rajó el vientre de arriba á abajo interesándole mortalmente la vejiga.

Lanzó un tremendo grito el inocente y la sangre brotó y borbotones por la espantosa herida. Aterrorizado de su obra, el inconsciente fraticida se arrojó sollozando sobre su hermano que se debatía con las ansias de la muerte.

—¡Mino! ¡Mino! ¡Háblame! ¡no me acuses!..... ¡no te mueras!..... ¡Qué feo roncas! ¡Hermanito no te mueras!...

Y pegado á sus labios amoratados lo besaba llorando desesperadamente.

—¡Mino! ¡Mino!..... ¡contéstame..... ¡no me acuses!.... ¡no quiero que te mueras, hermanito!..... ¡Me perdonas? ¡hermanito, no te mueras!.....

Cuando la buena mujer entró llevando alimentos y dos centavos de ciruelas maduras para sus queridos hijos, ya la pobre víctima había espirado y un perro callejero, hambriento y roñoso, lamía la sangre coagulada.

Cantó un gallo en el corral vecino.

Y un vendedor pasó gritando:

—¡La frutaaaa.....!

## La anémica

“Cuando el hombre quiere ser más espiritual, tanto le será más amarga la vida.”

[Kempis, lib. I, cap. XXII.]